

La transición en la policía: el archivo de la DGS

El arreglo (José Antonio Zorrilla, 1983)



Título original El arreglo

Año 1982

Duración 103 minutos

País España

Director José Antonio Zorrilla

Guión José Antonio Zorrilla

Reparto Eusebio Poncela, Isabel Mestres, Pedro Díez del Corral, Pilar Alcón, José Luis Barceló

Música Francisco Estévez

BRUNO DEL MAZO UNAMUNO

El Arreglo (José A. Zorrilla, 1983, aunque la producción es del 81) es uno de esos ejemplos del cine de la Transición –entendida en sentido lato– que no fue suficientemente valorado ni promocionado en su momento, y que ha sido injustamente olvidado años después, sin la difusión ni el recuerdo merecidos como el hito que fue en la historia del cine español. Como otras películas que se hicieron buscando nuevos modelos, lenguajes diferentes, temas y personajes que estaban en relación con la realidad del momento –no con el tópico–, y en relación con otras propuestas novedosas hechas en otros países, hoy día para una gran parte del público patrio ese cine nunca existió. Y es una lástima, no solo desde el punto de vista cinematográfico y artístico, sino desde el social e histórico. Puesto que en este cine se pueden ver muchos aspectos de esa sociedad que salía del largo franquismo y que buscaba un futu-

ro mejor. Se puede ver una realidad diferente de la que era mayoritaria en la sociedad, y también en la producción cinematográfica; se puede conocer la evolución del arte, la arquitectura, la moda e incluso la visión de la Transición misma vista por la generación que la estaba viviendo en directo.

Uno de esos aspectos en los que hurga este cine es el cambio, o la ausencia de él, que estaba teniendo lugar en las profundidades de la sociedad, de la administración, de las mentalidades, o, en este caso, de la policía. El Arreglo es una clásica película policial, como se han visto muchas veces, en las que los malos no están fuera sino dentro de la propia comisaría. Constituye una de las mejores versiones que se han hecho en nuestro país del subgénero de *Corrupción policial*. El tema de la película son los métodos usados por la policía en lo que se ha llamado guerra sucia, y su conexión con la po-

lítica, con las fuerzas más anti-democráticas y con el régimen anterior. De hecho, se dicen varias veces a lo largo del metraje frases como “las cosas ya no son como antes” o “ahora esto ya no funciona así” por policías de diverso rango.

El destinatario de esos avisos o noticias (aparte del espectador, claro) es Crisanto Perales, alias “el Sultán” (Eusebio Poncela), un policía de élite que ha estado fuera de la circulación varios años por sus problemas con el alcohol, el juego, las costumbres perniciosas y, por supuesto, por una mujer fatal. Puro clásico. Tras años sin ejercer, *el Sultán* se reincorpora al servicio, y llega a la Dirección General de Seguridad (DGS), ubicada en donde ahora está la Comunidad de Madrid, el palacio al que se mira en nochevieja, en plena Puerta del Sol, pero que durante el franquismo fue el símbolo de la represión policial, la cuestión que centra la película. Una vez en su lugar de

trabajo, sus compañeros y jefes le explican que las cosas están cambiando, y le encargan una misión de poca monta. Hablando con sus colegas sobre el nuevo caso, uno menciona a un turbio magnate, a lo que Poncela le advierte que ese se relacionaba y se relaciona con ministros, por lo que debe tener cuidado "si no quiere acabar de archivero en Lanzarote", advertencia temible ante la que ninguno de los presentes osa replicar.

Perales, para empezar con su caso, comienza por el archivo. Baja a los sótanos, donde vemos el archivo de la DGS, en el que se desarrollarán varias secuencias, y pregunta a la archivera, Angustias (papel interpretado por Felicidad Blanc, madre de los Panero), que le servirá de ayuda en más de una ocasión. Esta representa el estereotipo: le recita como una metralleta todos los antecedentes y prácticamente toda la información contenida en el expediente, siguiendo la extendida imagen social del archivero-cronista. Para seguir con el tópico, al ser preguntada por otro expediente responde como una máquina dando su signatura exacta sin dudarle: tópico número dos, el archivero como "rata" del archivo que tiene todo el archivo en la cabeza, lo que Perales recalca: "te sabes el archivo de memoria". Buscando a un desaparecido, resulta que el expediente no está, y no se sabe dónde se halla, lo que empieza a mostrar que el caso puede que no sea tan simple como parecía (por seguir con el género, porque en la vida real, un expediente fuera de su sitio no es una pista definitiva de un crimen). Aunque aquí nuestra representante de la profesión comenta, con el testigo en la mano, "solo está el albarán". Para rematar el estereotipo del profesional de archivos, el contrariado protagonista sentencia "si Angustias no sabe dónde está el expediente, no lo sabe nadie".

La investigación avanza, Poncela va entrando en una realidad cada vez más sucia que apunta cerca de su cuerpo policial. Intentando una baza arriesgada se mete en un enorme lío, y con él mete a su jefe. La bronca en el despacho del comisario es de campeonato, Perales está hundido, al borde del fracaso total. Su jefe lo quiere matar porque la tormenta se lo puede llevar a él por delante, lo que le escupe de manera explícita al acogotado protagonista: "¡si me mandan a archivo, puedes ir preparándote a pasar el resto de tu vida sellando pasaportes!". Nunca he sellado pasaportes, pero ambas cosas suenan como lo peor que les puede pasar. *El Sultán*, una vez caído, opta por jugársela del todo. Vuelve al archivo y descubre más cosas, entre ellas que hay una casa en el barrio del Viso en la que puede haber pistas del caso. De noche, arriesgando su carrera y quizá algo más, se cuela en la casa y descubre que algo muy sórdido ha estado pasando allí, y además, descubre los expedientes que faltaban del archivo de la DGS: los correspondientes a aquellos casos nunca aclarados de desaparecidos. En ellos Perales ve la conexión de una siniestra actividad con sus compañeros de Cuerpo, todo muy visual; y realiza un microfilmado de emergencia, no autorizado, de los documentos reveladores.

Este es el punto que abre el último acto. Con la información obtenida, Perales ya sabe qué ha pasado, y además conoce el quién, ahora queda saber qué va a hacer. Eso lo dejamos para quien no haya visto el filme. Lo que sí que corresponde aquí es destacar que la información que le permite derribar el muro de apariencias que tenía delante, y saber cómo funcionan las cosas "ahora que ya no son como antes" la ha obtenido gracias a los archivos. Sorteando con pericia, valentía y con la

suerte del héroe peligrosos varios, la muerte e incluso el ser degradado a archivero, el protagonista llega al final de la trama para encarar su destino. Hasta aquí el archivo de la DGS ha tenido



un papel fundamental. En él ha ido conociendo qué había pasado, ha comprendido que los expedientes no se habían perdido por mala praxis archivística, e incluso ha tramado allí su plan de allanamiento, ayudado por su colaboradora, una atractiva compañera de cuerpo de policía, que trabaja de ayudante de archivo. Al conocerla, en el depósito, Poncela le comenta, según ella saca un legajo, "vaya carrera que llevas", ella responde "pues anda que tú" y él remata con "ya, pero aquí en archivo...". Pero ella explica la razón de haber acabado tan mal: "ya estaba harta. Todas las noches disfrazada de puta y a los cabaretes, pero cuando me intentaron meter en una movida de aborto ya dije ¡ah no! Y al archivo". El mensaje final es positivo, después de todo el archivo no es lo peor. ■